




# La Cicatriz

Erin E. Keller

 Triskell Edizioni

# The Scar

*Erin E. Keller*

 Triskell Edizioni

Publicado por

Triskells Editions - Asociación Cultural

Vía Triskell Eventos 02 de junio, 9-25010 Montirone (BS)

<http://www.triskellevents.org/edizioni/>

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, las empresas de negocios, eventos o lugares es pura coincidencia.

La Cicatriz

Copyright © 2013 por Erin E. Keller

Cover Art y Diseño por Erin E. Keller

Traducción y Edición: Traductores Anónimos

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, ni podrá ser almacenada y archivada para la recuperación de información sin el permiso por escrito del editor, excepto en los casos permitidos por ley. Para solicitar el permiso y para cualquier otra pregunta, póngase en contacto con la asociación en la siguiente dirección: Via 2 Giugno, 9-25010 Montirone (BS)

<http://www.triskellevents.org/edizioni/>

Fabricado en Italia

Primera edición - febrero 2013

Edición Ebook gratuito

## Sinopsis

«Solo la muerte no tiene remedio», eso es lo que a Ryan le gustaría pensar con optimismo. Pero no lo hace. El terrible accidente que ha conmocionado su vida y, según él, desfigurado horriblemente su cara con una cicatriz, lo dejó amargado y siempre a la defensiva. Hasta que conoce a Sean, un irlandés de sonrisa fácil que no parece darse por vencido en su afán de arrancarle una sonrisa. Mientras que Ryan es grosero y a veces torpe, Sean es paciente, amable y abierto. Él tiene la llave para abrir el corazón de Ryan, pero ¿será suficiente para convencer a Ryan de volver a intentarlo?



## Prólogo

Jamás he creído que fuera hermoso. Ni aún antes del accidente. Pero ahora... ahora no me animo ni siquiera a mirarme en el espejo.

Mis amigos me dicen que no es *para tanto*, que solo es una cicatriz. Es cierto, lo es, pero me ha transformado para siempre. Tengo esta larga estría rosada que surca mi mejilla hasta perderse en el labio superior y a mí me parece una maldita autopista.

Me he dejado crecer el pelo de modo que pueda cubrirme parcialmente la cara, pero ese estigma es todavía demasiado evidente. Cada vez que alguien me mira, rezo para que mis ojos puedan distraerlo de mi rostro desfigurado.

Patrick dice que son tan azules que parecen pintados con un pincel. O más bien, lo decía antes, cuando todo iba bien. Inmediatamente después del accidente, no se ha concentrado demasiado en mis ojos, dado que evita dirigirme la mirada durante la mayor parte del tiempo que pasamos juntos. A veces, cuando lo hace, parece que tiene miedo de mirar la cicatriz, como si se tratara de algo de lo que es conveniente alejarse. Y otras veces, parece casi como si estuviese disgustado, pero no me atrevo a preguntar si es así. Supongo que lo nuestro está en las últimas, pero no insisto para que me dé la confirmación. Él siempre está viajando debido a su trabajo y las llamadas telefónicas se están dilatando. No es como si hubiéramos estado comprometidos, por lo cual puede que incluso yo esté bien con ello. Creo.

He hablado con algunos médicos, pero todos me han dicho que es demasiado pronto para una cirugía reparadora. Dicen que deben esperar para estar seguros que los músculos debajo de la cicatriz se hayan consolidado, por lo que debo convivir con esta pesadilla en mi rostro hasta que decidan que ya estoy listo para una intervención. No sé si lo que siento es rabia o simplemente estoy cansado. Una cosa sí sé, sin embargo. Es realmente muy difícil sonreír aún.

No recuerdo muy bien el accidente, solo sé que un coche se estrelló de lleno con el mío. Después no sé nada más. El coche que causó el accidente desapareció inmediatamente y nunca han encontrado al responsable.

Lo siguiente que recuerdo es a mí, sobre una cama de hospital y a los ojos de mis padres apuntándome. Recuerdo su esfuerzo por parecer dichosos de verme, felices de que estuviese vivo, pero muy pronto comencé a sospechar que algo no andaba bien.

Ya han pasado tres meses, les he hecho mucho daño durante este tiempo, soy consciente de ello, sé también que están preocupados por mí y mi humor huraño.

No es que yo sea un gran conversador o el alegre del grupo ni siquiera antes del accidente, pero después de éste, mi estado de ánimo ha ido de mal en peor. He evitado salir, incluso con mis mejores amigos, y además renuncié al trabajo.

Nunca he tenido la necesidad de trabajar porque mis padres son adinerados, muy adinerados, pero ésa es una cuestión que nunca me ha interesado. Siempre quise demostrar que era capaz de vivir sin su dinero. No es nada personal, yo los quiero, los quiero de verdad un montón, pero tenía la necesidad de hacer algo por mi cuenta. Aunque, al final, fracasara.

Pero ahora, después de meses sin hacer otra cosa más que leer — por suerte la vista no quedó dañada o habría sucumbido totalmente— me encuentro mirando el letrero superior de la biblioteca. No sé por qué acepté este trabajo en lugar de alguno de los muchos otros que mis padres encontraron para mí (sí, lo hicieron en mi lugar. Qué triste, ¿no?), pero alguna cosa en mi mente me dijo que éste podría adaptarse perfectamente a mis necesidades.

Podría continuar leyendo mis libros, nadie me molestaría, no estaría obligado a hablar y podré ser tan huraño como quiera.

Y es, más o menos aquí, donde se inició el resto de mi vida de veinteañero.

# Capítulo 1

Miro el cartel encima de la biblioteca inquieto, con las manos metidas profundamente de mis bolsillos. Me mordisqueo el labio inferior, tratando de encontrar el coraje para dar el primer paso y entrar cuando suena mi teléfono.

Es mi madre, que acomete con una serie de recomendaciones y palabras de aliento que me provocan gruñir la respuesta.

Corto la comunicación y el teléfono suena de nuevo. Esta vez se trata de mi padre, me pregunta si llegué sano y salvo. No es algo que pueda reprocharle visto lo que sucedió la última vez que usé el coche.

Vuelvo a cortar y guardo el teléfono justo cuando empieza a sonar otra vez. Levanto mis ojos al cielo y lanzo un bufido.

Charlene, también conocida como Charlie. Mi primera novia. Y la última. Estuvimos juntos en la escuela secundaria, cuando yo estaba tratando de convencerme a mí mismo de que era heterosexual saliendo con ella. Esto, por supuesto, no tuvo un buen final, pero ella se convirtió, entonces y aún ahora, en mi mejor amiga.

Ahora Charlene está casada con Frank, un buen hombre que la ama como ella se merece.

—Charlie, ¿qué pasa? —dije mirando hacia la puerta de la biblioteca.

—¿Por qué respondes el teléfono?

—¿Tal vez porque me llamaste?

—No, quiero decir... Se supone que tienes que estar ya en el trabajo. ¡Éste es tu primer día!

—Lo sé, y tal vez, solo tal vez, si todos dejarais de llamarme podría entrar.

—Bueno, solo estaba comprobando.



—También mis padres.

—¡Oh, eso es tierno!

—Sí, tierno, pero debo entrar de una vez al trabajo.

—Está bien, cariño ¿Me puedes llamar más tarde? ¡Tengo curiosidad por saber cómo ha ido!

—De acuerdo. Te lo prometo.

—Bueno. ¡Ve y mátalos<sup>1</sup> a todos!

—Charlie, yo no soy Espartaco y tú no eres Sura. Y esto es solo una biblioteca.

—¡Maldita sea! ¡Qué persona tan graciosa eres!

—Como si no me conocieras.

—Te conozco y te quiero, pero deberías tener un trabajo un poco más cercano a tu capacidad.

—Charlie...

—Está bien, ve. ¡Hasta luego, querido!

Sonrío y corto la comunicación, a continuación, apago el teléfono y tomo otro largo y profundo suspiro.

\*\*\*\*

—Oh, ¿es una biblioteca?

La voz que me llega desde mis espaldas me hace volverme y tengo que morderme la lengua para no responder algo sarcástico como «¿De verdad? Yo creí que era una carnicería».

---

<sup>1</sup> Se refiere a que los sorprenda a todos, pero se deja la expresión porque si no, no se entiende el chiste siguiente.

¿Y ahora, qué diablos está pasando? El universo entero ha decidido no dejarme entrar a trabajar.

—Eeh, sí —le respondo, mientras intento encontrar el coraje para echarle una ojeada al chico a mi lado. Él me sonrío. De hecho, me mira directamente y me descubro buscando algún indicio de disgusto en sus ojos sin lograr encontrarlo. Por supuesto, estoy tan acostumbrado a mantener la cabeza ladeada que es posible que no me haya visto muy bien.

No puedo dejar de notar lo encantadora que es la sonrisa de ese chico y qué apuesto es su rostro. Es un poco más alto que yo, delgado, pero de hombros anchos. Su camiseta blanca se extiende perfectamente sobre los pectorales y las mangas son lo suficientemente cortas como para dejar entrever tatuajes. Su pelo es rizado, de una tonalidad rubia miel, y se desliza suavemente sobre un par de ojos color verde pálido. Hacía siglos que no me fijaba con tanto detalle en otro hombre.

Bueno, yo no soy de esos que miran a los otros hombres cuando se está con uno en particular. Incluso si ahora ya con Patrick...

Pero no son pensamientos apropiados en este momento, incluso aunque su proximidad me tenga inquieto.

En ese momento, noto que el chico debe de haber dicho algo porque me mira con una expresión de desconcierto. Había perdido completamente el hilo de su discurso y siento mis mejillas arder en un segundo.

—¿Entonces? —me pregunta, con una sonrisa.

—¿Entonces qué?

—Te pregunté si trabajas aquí.

—Oh. Sí, tal vez.

—¿Tal vez?

¡Dios, me siento como un estúpido!

—Tal vez, sí. Es... bueno, es mi primer día. Y me gustaría mucho llegar allí, pero parece que el resto del mundo no desea que lo haga. — Mi voz apenas más alta que un murmullo.

—Bueno, ¡está bien! —me responde el desconocido, sin dejar de sonreír—. No quiero entretenerte más, lo siento. Es solo que tengo la tienda de tatuajes al doblar la esquina y quería echar un vistazo alrededor. Es el primer día también para mí: la inauguración es hoy.

*Oh.*

—¿Te gustan los tatuajes? —pregunta sin dejarse amilanar por mi silencio.

—S-sí, me gustan.

—¿Tienes alguno?

*¿Qué demonios? ¡No! ¡No tengo un tatuaje, mierda! ¡Tengo una cicatriz en mi puta cara! ¡¿No lo ves?!*

Mi lado esquivo y malsano pulsa por salir, como siempre.

—No.

—No es que quiera presionarte, pero si te decides a hacerte uno, ven a verme, ¿de acuerdo?

—D-de acuerdo.

¡Eso sí que se llama vender!

—¿A qué hora entras?

*Oh Dios, por favor, te lo ruego, ¡déjame en paz!*

—Dentro de unos pocos minutos.

—No eres muy locuaz, ¿no es verdad?

—No.

—Entiendo.

Yo hubiera querido añadir algo más porque en ese mismo momento me sentía un poco estúpido, sin embargo las palabras se me quedaron obstinadamente pegadas a la lengua. Este pobre hombre solo está tratando de ser amable, pero de verdad es muy difícil para mí ser complaciente.

—¡Sean!

Primero escuché la voz y luego este gigante, este corpulento hombre, que se materializa a nuestro lado.

Sean —ahora sé cómo se llama— me sonrío otra vez y señala con el pulgar a sus espaldas.

—Este es Stuart —dice mientras yo miro al recién llegado nuevamente. Es enorme. Yo no soy bajo y mucho menos lo es Sean, pero este hombre es realmente un gigante. Tiene una larga cabellera negra recogida en una cola de caballo, piel oscura y, por supuesto, está lleno de tatuajes. Pareciera como un nativo americano o algo por el estilo.

En ese momento considero su nombre y no puedo detener una risa socarrona. Stuart... como el ratón Stuart Little<sup>2</sup>. El nombre perfecto para él.

Sean me está mirando con aire divertido.

—¿He dicho algo interesante? —pregunta con una sonrisa tranquila.

—¡Oh, no! ¡Nada, en absoluto! —chillo. Ese soy yo, siempre delicado como una mariposa.

—Oh. Bueno, muchas gracias, eh.

No puedo evitar el sonrojarme por mis modos bruscos y aclaro mi garganta.

---

<sup>2</sup> Película infantil sobre un ratón que es adoptado por una familia norteamericana.

—No. Trataba de decir que... no fue por algo que tú hayas dicho.

—¿Y entonces qué fue? ¿Estabas riendo...?

Por favor, ¡que alguien me dispare! No, espera un segundo ¿yo me estaba riendo? ¿En serio?

Siento que otra vez me suben los colores y miro hacia otro lado.

—Es solo que... Stuart. Me acordé de esa película... Stuart Little. Sin embargo, él es enorme. —Muy bien, ahora sí me siento como un completo idiota.

Sean se ríe tan fuerte que no puedo dejar de mirarlo con expresión desconcertada.

—¡Eres gracioso! —exclama entonces asintiendo con la cabeza.

¡¿Divertido?! ¿Quién? ¡¿Yo?!

—Yo no lo creo así. Bueno, nos vemos, ¿de acuerdo? —mascullo, dejándolo allí con la mirada tan desconcertada como la de una muñeca desbaratada, mientras avanzo los pocos pasos que faltan para entrar finalmente en la biblioteca.

No pensé que fuera tan dificultoso hablar de nuevo con un desconocido. Me siento un poco mal por Sean, pero en realidad ni siquiera lo conozco y, desde luego, si esta experiencia laboral me dura más de un día, tendré la oportunidad de encontrarlo de nuevo. Y tal vez pedir disculpas, quién sabe.

\*\*\*\*

Una vez en el interior, tomo la enésima inspiración profunda y miro a mi alrededor.

La biblioteca es silenciosa y tiene ese olor a madera, a polvo y a papel, que me hace sentir bien de una manera extraña. Es como estar en un lugar seguro. Como ser envuelto en una grata tibieza.

—Ryan, ¿verdad?

Una voz me llega desde la espalda, me vuelvo y me encuentro de frente a una mujer muy bajita, de unos cincuenta años, con una enorme y agradable sonrisa.

—Correcto —le digo, tratando de sonreír, pero tengo miedo de ser espeluznante porque cuando sonrío, la cicatriz se mueve. La mujer, sin embargo, parece no notarla, y estoy agradecido por ello. Por un momento, mi cabeza se dirige de nuevo a Sean. De hecho, él tampoco pareció percatarse de ella.

—Yo soy Margaret, pero me puedes llamar Meg. Te voy a mostrar tu lugar de trabajo —agrega, haciendo una señal hacia un escritorio—. Estarás aquí, en la recepción. Deberás hacer los carnets de los nuevos miembros, registrar la entrada y salida de libros. El programa informático es muy fácil de usar. Cuando alguien tenga un libro durante demasiado tiempo, recibirás un mensaje del sistema y solo hay que ponerse en contacto con la persona para recordarle que debe devolver el libro. Pronto descubrirás cuáles son los buenos clientes y cuáles no, pero créeme, puede ser divertido. Conocerás muchos diferentes tipos de personas...

Esa es la única cosa que no me gusta. Lo demás es perfecto.

## Capítulo 2

A pesar del miedo de enfrentarme a gente que no conozco, el primer día me resultó interesante. La biblioteca no es muy popular, así que tuve tiempo para echar un vistazo alrededor, controlar los pasillos y ojear los libros. Siempre me ha gustado leer, pero fui capaz de apreciar más la lectura durante estos meses de aislamiento.

Ahora, la jornada laboral está a punto de terminar y me encuentro esperando a Meg. Tengo curiosidad por saber qué piensa de mí y si me considera persona adecuada para el puesto. En definitiva, he tratado de ser amable con todos, a pesar de que evité mirar directamente los rostros de las personas. Todavía tengo un largo camino por recorrer antes de que me sienta a gusto bajo la mirada de los demás.

Mientras estoy jugando un poco con el software de la biblioteca, veo que un libro es empujado hacia mí sobre el mostrador.

—¿Sí? —balbuceo, absorto.

—¡Hola!

Me giro de golpe porque reconozco algo familiar en esa voz y tropiezo con un par de ojos verdes. Sean.

—Oh, hola —lo saludo, dejando vagar los ojos por la habitación, de repente nervioso— ¿Qué quieres?

Sean levanta las cejas y me da una sonrisa rápida.

—No eres hablador y tampoco muy amable. Lo siento, ¿te estoy molestando?

No tengo remedio. Sé que me estoy sonrojando y me muerdo el labio.

—No. Es solo que... No. Discúlpame tú.

*¡Mierda!*

Sean vuelve a reír y siento la tentación de preguntarle qué diablos es tan gracioso como para sonreír todo el tiempo.

—Quisiera llevarme este —dice, señalando el libro. Lo miro perplejo y luego echo un vistazo a Sean.

—¿Qué? —me pregunta— ¡No me dirás que creías que no sabía leer, o algo por el estilo! ¡Por favor! —añade divertido—. Soy un artista del tatuaje, ¡pero te juro que aprendí a leer hace muchos años!

—No, por supuesto. Yo no quise ser...

¿Ser qué? ¿Descortés? Yo no había dicho nada, ¿verdad? Qué problema que mis ojos hablasen por sí solos, sin embargo.

—Nada —concluyo tomando el libro y empezando a teclear el título en el teclado—. Stephen King, ¿eh? —murmuro mirando directamente a la pantalla.

—Me encantan sus libros.

—Sí, son bastante extraños.

—Bueno, no todos. De hecho, creo que este es uno de los mejores.

No puedo estar más de acuerdo con él. *La danza de la muerte*<sup>3</sup>

—¿Ya lo has leído?

—Sí.

—Oh. Una segunda lectura, entonces. Realmente te debe encantar este libro.

—¿Tú lo has leído? —me pregunta curioso.

---

<sup>3</sup> En el original “L’ombra dello scorpione” (La sombra del escorpión) es el nombre italiano con que se conoció “La danza de la muerte” (The Stand), novela post-apocalíptica de terror y suspense de S. King. Publicada originalmente en 1978, en 1990 se volvió a editar con el nombre de “Apocalipsis”. En 1994 se emitió una miniserie para TV basada en el libro con guión del mismo autor.



—Sí.

—¿Y qué piensas?

—Es bueno.

Sean me sonrío otra vez, casi satisfecho.

—Entonces no es tan extraño que alguien sea fanático de Stephen King.

—No quería decir eso.

—Oh, simplemente estabas diciendo al azar algunas palabras solo para dar la impresión de que estás conversando. Entiendo.

Miro sus ojos por debajo de los largos mechones de pelo y estoy a un paso de responderle mal.

—¿Tienes el carnet? —pregunto en lugar de eso, limitando al mínimo posible el intercambio de miradas. Sean sacude su cabeza negando y yo suspiro—. ¿Me puedes dar un documento y así te registro?

—¡Por supuesto! —me responde alargándome el carné de conducir.

Tecleo rápidamente sus datos en el programa, mientras siento sus ojos encima de mí y una sensación de inquietud crece dentro de mí.

—Sean O’Sullivan. ¿Irlandés?

—Sí. De Galway.

—Bonito.

—¿Has estado alguna vez en Irlanda?

—No.

Me parece que Sean se pregunta si soy humano o algún tipo de extraño robot equipado con vida. Sinceramente, ni siquiera yo mismo lo sé.

—¿Te gustaría? —se atreve a volver a preguntarme.

Me encojo de hombros.

—Puede ser. Eso es todo —concluyo entregándole el carnet de la biblioteca.

—Gracias —me responde susurrando.

—De nada.

Hay algo que no llego a comprender. ¿Por qué no se va?

—¿Necesitas algo más? —le pregunto confuso.

Qué extraño. Me parece notar un ligero rubor sobre sus mejillas  
¿Es posible?

—Me gustaría... Me gustaría conocer tu nombre.

¡Oh, entonces era esto! Parpadeo y me pregunto si he escuchado bien.

—¿Mi nombre? —pregunto nerviosamente.

—Sí, así no tendrás que asesinarme —bromea ligeramente Sean.

—Ryan —lo interrumpo. No veo la hora de poner fin a esta... cosa. Sea lo que sea.

—Entonces, Ryan... encantado de conocerte —me dice con una gran sonrisa, extendiéndome la mano.

—El placer... es mío —respondo apretándosela con escaso entusiasmo.

—No es cierto, pero me conformaré —replica Sean retirando la mano—. Nos vemos, entonces. Prometo no retener demasiado el libro, ¿de acuerdo?

—Eh...está bien. —le digo sin entender qué cosa extraña le sucede a este tipo para ser tan obstinado conmigo.

Sean se retira y su lugar es ocupado por Meg. Está satisfecha con mi trabajo y me confirma la contratación. Parece que mi vida está cambiando.

\*\*\*\*

La primera semana pasó sin problemas, si se deja de lado el hecho de que sigo sin poder relajarme ni un poco con las personas y que muchas veces me he descubierto observándolas desde detrás de la cortina que forman los mechones de mi cabello. La mayoría ni siquiera lo notan. Solo soy el chico de la biblioteca, no es como si necesitaran entablar amistad conmigo. Solo Meg me lanza miradas de vez en cuando, no miradas hostiles, pero es como si intuyera algo, como si quisiera convencerme de que todo está bien y de que puedo mostrar mi cara al mundo, sonreír quizás, sin miedo de que nadie huya por ello. No, todavía queda un largo camino por recorrer antes de que tengamos éxito en tal empresa.

De todos modos, Sean no ha aparecido durante toda la semana. Si debo ser honesto, he estado tentado de echar un vistazo al interior de la tienda de tatuajes para ver cómo es, pero siempre me paraliza justo antes de doblar la esquina.

De todas formas, no lo conozco para nada, solo hemos conversado un par de veces. ¿Qué necesidad hay de ir a verlo?

Y además, Patrick llega a casa hoy. No espero nada especial, para ser sincero. Tal vez tengamos sexo, tal vez no. Pero a pesar de ello, creo que va a ser una de las últimas veces que lo vea.

Cuando Patrick me avisa por mensaje de texto diciéndome que está llegando a la biblioteca, recojo mis cosas y salgo. A pesar de todo, cuando lo diviso, no puedo hacer otra cosa más que correr a su encuentro y abrazarlo.

—¡Te he echado de menos! —le digo apretándome contra él. Patrick se ríe y me aparta de él, incluso lo hace con delicadeza.

—¿Desde cuándo eres tan romántico?

Eureka, punto para mí... deajo caer un poco la sonrisa y me odio por haberme sonrojado.

—N-no es que sea romántico. Es solo que te extrañé un poco —balbuceo con un encogimiento de hombros—. Pero parece que el sentimiento no es mutuo.

Patrick se ríe intentando desdramatizar, pero yo sé que es solo una manera de evitar responderme. Me detengo a pensar cómo eran las cosas antes del accidente. Me gustaría creer que su escaso entusiasmo se debe a mi cicatriz, me gustaría poder culparla también por esto, pero no es así. Patrick siempre ha sido un poco frío ante mis efusiones. Indiferente. Es solo que ahora lo noto más. Tal vez porque ahora soy yo quien tiene una profunda necesidad de calor humano, aunque nunca lo admitiría a nadie.

Cuando damos vuelta a la esquina acercándonos hacia su coche, no me doy cuenta de que podría encontrarme con Sean, y eso es lo que sucede. De hecho, directamente colisionamos. Mi frente choca contra su hombro y él retrocede con un grito de sorpresa.

—¡Disculpe! —se apresura a decirme y luego veo con claridad el momento en el cual se da cuenta de quién es la persona contra la que chocó— ¡Oh! ¡Hola, Ryan! —exclama reemplazando inmediatamente la expresión de incomodidad por una sonrisa brillante.

Yo alzo la mirada y, sin ninguna razón para ello, me sonrojo de nuevo y agacho la cabeza rápidamente. Tengo que lograr no volver a sonrojarme. Soy demasiado pálido para permitírmelo.

—Hola, Sean —digo en un susurro.

Sean no parece haberse dado cuenta de la presencia de Patrick y levanta el libro.

—¡Voy a devolverlo! ¡Te dije que no iba a necesitar tenerlo mucho tiempo! ¡Es un libro tan bueno que cuando empiezo no puedo dejar de leerlo! —deja de hablar y finalmente se da cuenta de que no estoy en la biblioteca, tal vez haya un motivo. Un motivo vestido con un traje gris que le está observando con curiosidad.

—Oh, pero... por supuesto, tú estás saliendo. Lo siento de nuevo por el encontronazo... estaba distraído —dice, sonriendo también a mi pareja.

—¿Eres un amigo de Ryan?—le pregunta Patrick.

—Ehm, no exactamente. Yo... —indica un punto detrás de él—. Trabajo cerca. Nos conocimos porque yo andaba merodeando por los alrededores y quería pedir prestado un libro, así que...

—Ya veo —corta bruscamente Patrick—. Yo soy su pareja —dice, con la mano extendida hacia Sean que se queda mirándolo fijamente durante un momento, antes de estrujarla. Tengo la sensación de que Sean me mira, pero estoy demasiado avergonzado para hacer lo mismo, así que mantengo la cabeza baja y las manos en los bolsillos. Bueno, ahora también sabe que soy gay.

—Encantado.

—Ahora, si nos disculpas... —dice Patrick moviéndose hacia un lado.

—Oh, sí. Por supuesto. Adiós. Hasta luego, Ryan —me saluda Sean levantando una mano.

Yo no dije una palabra en todo ese tiempo.

## Capítulo 3

El fin de semana pasó velozmente. Patrick y yo hemos jodido, sí, pero luego él dejó caer la bomba. Se trasladaría a Europa para trabajar. Oh, bueno. Quién sabe por qué, me siento casi aliviado.

Nuestra relación estaba muerta desde hacía algún tiempo, no quedaba mucho sobre lo cual lamentarse ya.

Tal vez fuera el haberme dado cuenta de que no había nada por lo que llorar lo que me llevó a pasar una semana de mierda después de su partida. Es duro concienciarse de que no tienes nada a lo que aferrarte.

El viernes, en un momento de pausa en el cual nadie parecía necesitarme, me conecto a Internet y comienzo a navegar sin una meta definida.

Reviso mi correo electrónico y, a continuación, no sé cómo, en la mente se me atraviesa rápidamente la imagen de Sean. No lo he visto en toda la semana.

Obviamente, no está obligado a buscar un libro semanalmente, tiene un trabajo que lo mantiene ocupado así que incluso es lógico que no se haya dejado ver.

Vuelvo a pensar en la tienda de tatuajes y escribo su nombre en Google, tratando de averiguar si tiene un sitio web. Y allí está, «Stan». «¿Stan?» Oh, por supuesto. Stuart y Sean. Me pregunto si son compañeros también en la vida fuera del trabajo... Son tan diferentes.

Sacudo la cabeza para expulsar ese pensamiento y comienzo a desplazarme por las fotografías de su trabajo, quedándome con la boca abierta. Algunas son verdaderas y absolutas obras maestras.

—¿Puedo?

Una voz cavernosa me sobresalta y giro de golpe para encontrarme de frente con la otra mitad del nombre «Stan», Stuart, el lobo feroz.

—En qué puedo ayudarte —le digo, un poco intimidado frente a esa montaña de hombre que, aparte de todo lo demás, también tiene el ceño fruncido.

—Esto —dice entre dientes arrojando un libro sobre el mostrador.

Miro el libro y no puedo evitar levantar las cejas.

—«¿*Un saco de huesos?*» Otro fanático de Stephen King.

—No es para mí —dice bruscamente el bruto, mirando a su alrededor como si se avergonzara de estar aquí.

Bienvenido a mi mundo, pienso con sarcasmo.

—Oh, ¿es para Sean? —pregunto incluso antes de darme cuenta— y...

—Sí, es para él. No ha tenido tiempo para pasar. Pero él quería leerlo. Y me ha enviado a mí.

Stuart habla como un telégrafo, con la misma musicalidad. Cero matices y palabras arrojadas rápidamente una tras otra.

—Entiendo —le digo, asintiendo con la cabeza, aunque no sea cierto. Ingreso los datos en el programa y empujo de nuevo el libro hacia Stuart—. Aquí está. Todo listo.

—Gracias —refunfuña el gigante alejándose.

—Saluda a Sean de mi parte —se me escapa de los labios antes de darme cuenta. Stuart se vuelve hacia mí, me mira y luego niega con la cabeza. Estoy pasmado. ¿He dicho algo malo?

Por la tarde, a la salida de la biblioteca, está Charlie esperándome y yo no puedo evitar reírme cuando la veo corriendo a mi encuentro, balanceándose peligrosamente sobre sus tacones. Tiene bolsas de todas partes y una expresión radiante. Frank ciertamente llorará lágrimas amargas tan pronto tenga en sus manos el extracto de la tarjeta de crédito.

—¿Has desvalijado un banco? —le pregunto riendo mientras la levanto de la tierra, ya que me alarga sus brazos.

—¡Nunca haría eso! ¡Yo soy una dama! —me responde mientras me propina un codazo en el estómago.

—¡Ya veo! —gesticulo plegándome sobre el vientre—. Tienes buen aspecto—agrego luego, sonriéndole.

—¡Te daría un puñetazo! ¿Sabes que ese es el tipo de frases que se dice cuando hace mucho tiempo que no ves a una persona? ¿Y sabes que si sientes la necesidad de decírmelas es porque no nos hemos visto desde hace demasiado tiempo? ¿Y sabes que es totalmente culpa tuya?

—¿Acaso también eras así cuando estábamos juntos?

—No, antes era normal. Fue la experiencia de estar contigo lo que me convirtió en esto.

No logro contener la carcajada, y cuando me pongo serio, veo que Charlie me está mirando fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunto, temiendo por un momento haberla trastornado con una mirada espeluznante.

—¿Por qué eres gay? —suspira inclinando la cabeza hacia adelante.

Parpadeo.

—Bueno, supongo que... no hay una respuesta... Quiero decir, ¿de dónde sale esa pregunta? —pregunto ruborizándome—. ¡Hace siglos que sabes que lo soy!



—¡Era una pregunta retórica, estúpido! —replica Charlie negando con la cabeza—. Es que eres tan guapo... es una injusticia.

Sinceramente, no sé si estar más impresionado por las palabras de Charlie o por el hecho de que ella, después de tantos años, me diga una cosa por el estilo.

—Yo no soy guapo —me apresuro a contestar—. No lo he sido nunca. Además, ahora lo soy inclusive menos.

—¡Lanzaré sobre ti una tras otra estas bolsas, te lo juro! ¡Siempre has sido hermoso! Discúlpame, pero a mí no me gustan los feos. ¡Nunca me gustaron! Y con esa palabra *ahora*, ¿qué quieres decir? ¡¿Que esa cicatriz te ha desfigurado tanto hasta convertirte en un monstruo?! ¡Bueno, pues te equivocas enormemente, querido! —me grita Charlie sin demasiados problemas. Siempre me ha gustado este lado suyo, porque cada cosa que me dice, siempre viene desde lo profundo de su alma.

—No tienes corazón —murmuro fingiéndome abatido.

—Lo tengo, lo tengo. Confía en mí. Escondido bajo dos tetas maravillosas. Qué lástima que no te interese el artículo.

Me río entre dientes y entrecierro los ojos.

—¿Estás coqueteando con un gay?

—Estoy coqueteando con mi ex, pretendiendo que no es gay.

—Tengo que tener una conversación con Frank. Lo siento por tu marido —le susurro, cogiendo las bolsas de sus manos.

—Podrás tenerla esta noche. Vine solamente para decirte eso.

La miro con asombro.

—No es tu cumpleaños y tampoco el suyo, me parece.

—No te esfuerces en tratar de hacer memoria, querido. No te acordabas de mi cumpleaños ni siquiera cuando éramos novios.

—¡Porque estuvimos juntos demasiado poco!

—¡Nos conocemos de toda la vida, no eres otra cosa más que un ingrato!

Me río de nuevo y Charlie hace lo mismo, apartándose de los ojos un mechón de cabellos rebeldes. Siempre ha sido bonita, no obstante la edad le ha dado un cierto encanto. Su cabellera rubia se movía y danzaba en suaves ondas alrededor de su cabeza, totalmente desenvueltas, salvajes. Recuerdo que, incluso cuando era niño, me gustaba acariciársela, sentir cómo se volvían a formar las ondas después que la caricia de mis dedos hubiera suavizado un mechón. Sus ojos oscuros, además, contrastan con su piel clara y había sido lo que más me impresionó cuando la conocí.

—Una vez que hemos dejado claro el hecho de que soy un mal amigo, ¿me quieres decir por qué tengo que ver a Frank esta noche?

—No solo a Frank. A ambos. Esta noche salimos y punto.

—¿Eso es todo? ¿Lo has decidido así, de la nada?

—Obviamente. ¿Qué es la vida sino una constante y repentina sorpresa?

—¿Has estado bebiendo, Charlie?

—No, pero me gustaría hacerlo esta noche —dice guiñándome un ojo.

—¿Y si tuviera un compromiso?

Charlie se cruza de brazos sobre el pecho y se me queda mirando durante mucho tiempo, en silencio.

—¿Qué pasa? —le pregunto. Charlene suele tener la habilidad de hacerme dudar de mi comportamiento.

—Estoy esperando a que me salga la carcajada por la broma que has hecho.

\*\*\*\*

No habiendo encontrado una excusa que pudiera resistir el ataque sorpresa de Charlie, me encuentro a mí mismo teniendo que cumplir con su invitación. Cuando veo a Frank, por un momento creo que fue una víctima de las mismas tácticas, porque el hombre ama a su esposa y haría cualquier cosa por ella.

—Si no fueras gay, estaría celoso.

Lo dicho, acerté.

Frank comienza su discurso con esa introducción tan pronto como me ve, pero inmediatamente después me da una sonrisa.

—Charlie te adora, lo sabes, ¿no? —me dice, apretándome en un abrazo. Es curioso cómo este hombre, que para mí no es más que el marido de mi amiga, es tan cálido y afectuoso conmigo en cada encuentro.

—Lo sé. Yo también la amo.

—Lo sé —responde Frank soltándome, pero en sus ojos veo una sombra de reproche. Tal vez piense que no atiende lo suficiente su amistad. Sin duda, él tiene razón.

La relación con Patrick, al principio, era tan arrolladora que me dejaba poco espacio para los amigos y, después del accidente, en cambio, fui yo a propósito quien comenzó a mantener a distancia a todo el mundo. Incluida Charlie.

—Muy bonito este lugar —le digo desviando la conversación, mientras miro a mi alrededor.

Tiene un aire... ¿irlandés? O tal vez no, quizás soy yo el que está extrañamente influenciado.

—¡Es un pub irlandés! —exclama justo en ese momento Charlene cogiéndome del brazo. Lo que se dice el destino.

—¿Cómo es que se trata de un pub irlandés? —pregunto acariciando por un momento con el pensamiento el recuerdo de Sean.

Charlie me mira con ojos que resplandecen.

—¡Porque me encanta Irlanda! ¡Porque sueño con visitarla! ¡Porque si Frank no me lleva allí, lo condenaré a una vida de abstinencia sexual! ¡En suma, por muchas razones!

Río de nuevo y me pregunto si, de hecho, no debería realmente volver a frecuentar a esta chica excepcional, porque ya no recuerdo cuánto hace que no me reía así en un solo día.

Nos sentamos en una mesa y la conversación se hace realmente placentera, tan placentera que en dos ocasiones me aparté el pelo de la cara sin darme cuenta.

—Deberías hacerlo más a menudo. —murmura Charlie poniendo una mano sobre mi brazo.

—No creo estar listo. Es... espeluznante.

—Tú lo ves así. Mira, Ryan, es obvio que se distingue. Y es natural que la gente se petrifique por un momento cuando la notan. Pero te aseguro que no es por desprecio o repugnancia. Se debe a que, lo primero que les viene a la cabeza, es preguntarse qué cosa tan terrible te puede haber sucedido... y se quedan sin palabras. Es decir, sienten el dolor.

Miro a Charlie a los ojos y me siento profundamente conmovido. Le aprieto la mano que puso sobre mi brazo e inclino la cabeza.

—Gracias, Charlie —susurro con una sonrisa.

—Además, puede que tengas esa cicatriz... pero hay un tipo que no quita los ojos de tu trasero.

Levanto bruscamente la cabeza y miró a Charlie.

—¿Eh? —interrogo desorientado, mirando alrededor.

Charlene me hace una seña con la cabeza a mi derecha y me giro, recorriendo el lugar con la vista para descubrir quién es el que me está mirando.

Puedo nombrarlo inmediatamente cuando percibo una masa de rizos rubio miel. Sean. Es él quien me está mirando.

Parpadeo varias veces y muevo los dedos sobre la mesa para formar lo que debería ser un saludo. Sean sonrío y levanta su vaso.

Y al momento siguiente estoy casi a punto de lanzar un grito de dolor, porque las uñas de Charlie se están clavando en mi brazo.

—¿Lo conoces?! —exclama, pero sin voz. Parece fascinada y casi a punto de explotar.

—Ehm, sí. Es... Trabaja cerca de la biblioteca.

—¿Pero estás viendo cómo te mira? ¡Ohhh, pero tienes que invitarlo aquí con nosotros!

—¿Te has acabado la cerveza del barril antes de sentarte? ¡No es apropiado!

—¡Pero es tan lindo! ¡Mira esa cara bonita!

—Charlie...

—Mmmh y, luego esos labios carnosos...

—Charlie.

—¡Y ese pelo suave!

—¡CHARLIE! —vocifero esta vez, sobresaltando tanto a ella como a Frank. Inmediatamente después bajo el tono y me acerco a la cara de mi amiga—. Punto uno: no lo conozco lo suficientemente bien. Punto dos: no es que esté realmente, sin compromiso. Punto tres: no sé siquiera si está interesado. ¡Mucho menos sé si es gay! —enumero en voz baja, casi en tono conspiratorio.

Charlie me observa con la mirada llena de comprensión y asiente con la cabeza mientras le hablo, luego me dice como si yo fuera un niño pequeño:

—Tesoro... Punto uno: no es necesario saber la talla de su ropa interior para invitarlo a que se una a nosotros. Punto dos: comprometido o no, ciertamente yo no espero que te pongas a hacer el amor sobre la mesa delante de nosotros. Se trata de un lugar público, por si no lo has notado. Punto tres: confía en mí, cariño. Por la forma en que te mira, este es gay y está interesado en ti. Si sus pestañas tuvieran pequeñas manitas, ya te habrían desnudado, ¿sabes?

Miro a mi amiga como si fuera una extraterrestre. Nunca me acostumbraré al modo en que se las arregla para eludirme.

—Disculpa, ¿pero qué quieres que haga? —murmuro sacudiendo la cabeza. —No creo...

No logro terminar la frase cuando, para mi espanto, veo que Charlie se levanta de la mesa y se encamina hacia donde está Sean. Dirijo una mirada suplicante a Frank, quien se limita a encogerse de hombros.

—Esto es una cosa entre vosotros —dice levantando las manos con una media sonrisa.

—¡Pero es tu esposa! —le reprocho mientras miro cómo Charlene está realmente hablándole a Sean.

—Lo sé y la amo tal y como es —se ríe Frank cruzando sus manos sobre su vientre.

—Yo no tanto —le susurré con voz temblorosa viéndola volver con Sean.

Oh Dios, ¿ahora qué?

—Hola —dice el irlandés con su habitual, ridícula, casi adorable, sonrisa.

—Hola —contesto en medio de un pequeño ataque de tos.

—¿Puedo? —pregunta entonces Sean tomando uno de los taburetes.

—Bueno, si te dijese que no, sería grosero —murmuro, y por un instante siento terror de que Charlie me dé una bofetada. Incluso Frank me mira con poca simpatía y Sean se queda en vilo con el taburete.

—Oh. Lo siento. Charlene me dijo... nada, no quería molestar —murmura volviendo a poner en su lugar el taburete, y empezando a alejarse.

Tengo que hacer alguna cosa, lo sé. Cuando se trata de Sean siempre se me escapan cosas desagradables y esto me disgusta un poco.

—¡Hey! —le llamo nuevamente alargando la mano—. Discúlpame. Ven, siéntate... tengo un carácter horrible, lo sé. Te prometo que intentaré no insultarte durante el resto de la velada. — No es que esa frase me haya salido mucho mejor que las otras.

Sean se gira y me mira a los ojos por un instante, serio, antes de que una media sonrisa le aflore a los labios.

—Está bien —responde simplemente regresando para tomar su puesto en la mesa. Charlie vuelve a sentarse a mi lado, asegurándose de pisarme un pie con su tacón, haciéndome gemir de dolor.

El resto de la velada transcurrió bastante tranquila. Tan pronto como mi amiga se enteró de que Sean era un «legítimo irlandés», como aún sigue repitiendo en éxtasis, le atormentó con preguntas sobre su tierra. Y de improviso, todo lo demás se desvanece. Al principio escucho lo que dicen y luego me encuentro que estoy observando a Sean y al modo en que sus ojos resplandecen cuando habla de Irlanda, cómo toda su cara se anima mientras narra anécdotas.

Me dejo llevar por sus historias, con los ojos fijos sobre aquel extraño y luminoso chico y la mano inmóvil sobre el vaso casi intacto.

Yo nunca había visto a Sean tan de cerca, incluso las veces anteriores había estado bien atento de no dirigir mi mirada hacia él por mucho tiempo seguido. En cambio, donde ahora nos hallamos, con la complicidad de la penumbra, me siento más seguro, más protegido.

Su rostro es suave, aunque bastante anguloso, pero los labios son realmente carnosos —de qué manera lo había notado Charlie desde tan lejos, es un misterio— y la sonrisa es tan amplia que parece contener el mundo entero. Los ojos son de color verde, con pestañas tan anormalmente largas y arqueadas, que ocasionalmente capturan un rizo rubio.

—¿Tú qué dices?

Oh, Dios.

De nuevo me distraje de las palabras de Sean, quien ahora mismo se ha girado hacia mí y está mirándome directamente a los ojos.

—¿E-en qué sentido? —interrogo, con la esperanza de ser salvado por la campana. Pueril esperanza.

—¿En qué sentido? —replica mirándome con una sonrisa... ¿dulce? —Estábamos hablando sobre el hecho de que la fiesta del Día de San Patricio se acerca y parece que el desfile será muy bonito. ¿Cuántos sentidos pueden haber en ello?

Me muerdo el labio y me siento como un completo idiota. Casi tengo la impresión de que se está divirtiendo a mi costa.

—Estaba distraído —admito, ladeando la cabeza y por el rabillo del ojo noto una pequeña sonrisa sobre sus labios. ¡Maldito sea! realmente lo está disfrutando.

Como si eso no fuera suficiente, percibo risitas de Charlie. ¡Maldita sea también ella!

Y como si eso no fuera suficiente, para añadir vergüenza a la vergüenza, Sean decide marcharse del bar con nosotros, abandonando plácidamente a su grupo de amigos. ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

Charlie y Frank se ponen a caminar cogidos de la mano, acelerando un poco el paso hasta ponerse delante de nosotros. ¿Si lo están haciendo a propósito? ¡Por supuesto!



Sumerjo las manos en mis bolsillos y bajo la cabeza, agradeciendo a la barrera que es mi pelo por protegerme un poco de esa mirada verdosa que percibo, cada tanto, recorrerme, quemando.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me consulta Sean interrumpiendo el flujo de mis pensamientos.

—Dime —le digo, lanzándole una ojeadita rápida.

—¿Siempre eres así o soy yo el que te rompe las bolas? No es porque sea un problema, de verdad. Finalmente, no es como si pudiésemos agradarle a todo el mundo. Yo lo entendería, en serio. Pero me gustaría saberlo porque me empiezo a sentir un poco estúpido —explica Sean mientras su voz se va apagando.

Desacelero el paso pero rápidamente retomo el ritmo, obligándolo a seguirme.

—No es así —le respondo bruscamente, hundiendo aún más las manos en los bolsillos.

Sean se ríe y niega con la cabeza.

—Entonces no me gustaría ver cómo eres con las personas que no te gustan.

Me detengo de pronto y me vuelvo hacia él, tratando obstinadamente de ignorar su rostro tan hermoso.

—No-es-así, ¿de acuerdo? No. Es. Así. Soy yo el que es de esta manera.

—Oh, ahora está todo más claro —murmura batiendo sus largas pestañas.

—No entiendo qué es lo que quieres de mí —le digo, mirándolo a los ojos por un segundo antes retirar la mirada.

—Conocerte.

Siento una oleada de vergüenza invadiéndome y me pongo más tenso de lo habitual.

—Tengo que irme —concluyo reanudando mi marcha rápidamente. Me parece oír a Sean suspirar detrás de mí, pero no me detengo.

## Capítulo 4

Es sábado por la mañana y me despierto con el sonido de mi teléfono móvil. Después de haber prácticamente huido de Sean y de decir adiós a mis amigos a toda prisa, me tiré en la cama y escondí la cabeza bajo la almohada.

No me esperaba pasar una velada tan placentera. No esperaba muchas cosas, incluyendo el interés de Sean al encontrarme frente a frente. ¿Cómo es posible? ¿Quizás lo haga por compasión? Y mucho menos esperaba sentir esta atracción por mi parte, aunque voy a negar incluso el haber pensado en ello, de ser necesario. Sin embargo, yo no creo que haya podido intuir algo por mi comportamiento, vista la manera en que lo he tratado.

El hecho es que Sean tiene una manera tan amable y relajada de comportarse, siempre dispuesto a abrir sus labios para una sonrisa, que me desorientó desde el primer momento. En cambio, yo soy siempre tan cerrado y tímido. Tengo la extraña e inquietante sensación de que Sean se está infiltrando dentro de mí como la humedad en los huesos durante los días de lluvia y eso me pone en estado de agitación.

Y además, es hermoso. Dios, sí que es hermoso. Tendría que estar ciego para no verlo, pero no puedo darme el lujo de pensar en él. Sería contraproducente e inútil. No. No puedo. Acabaría por hacerme daño.

Después de dejar el teléfono sonar y sonar, estiro la mano y respondo refunfuñando mientras giro sobre el colchón.

—Hola —susurro con voz ronca.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué te fuiste así? Quería llamarte ayer, pero Frank no me dejó porque decía que yo ya había hecho lo suficiente. No entiendo a qué se refiere. En cualquier caso, ¿qué pasó? Estabas detrás de nosotros y estabas hablando con él y... ¡Parecía tan monos! ¿Y entonces, qué?

Parpadeo, desconcertado.

—Charlie, acabas de matar a la primera neurona que se estaba despertando en este momento...

—¿Quieres que te llame más tarde? —dice bajando la voz con un poco de sentido de culpa. Solo una pizca, sin embargo.

—Ahora el daño ya está hecho... ¡Es sábado por la mañana! —suspiro impulsándome a sentarme sobre la cama. Paso los dedos a lo largo de la cicatriz, como para convencerme a mí mismo de que todavía está allí en lugar de haber desaparecido durante la noche. Por desgracia, no ha sido así.

—¿Entonces? —presiona Charlie.

—Nada... Fue una velada agradable. Y luego se acabó.

Charlene tarda unos segundos antes de responder.

—Guau, Ryan. Cuando te acabas de levantar eres aún peor que durante el resto del día.

—Entonces, ¿por qué has llamado?

No quiero ser grosero, pero me es muy difícil estar sonriendo durante el día, ¡figúrate por la mañana! Por lo general, me lleva una buena hora empezar a coger el ritmo. Y encima, me lanza todas esas preguntas juntas que me han aturrido y me han hecho pensar en Sean, algo que no quiero hacer. No como primer pensamiento del día. Eso no está bien. Tengo que lograr quitármelo de encima.

—No. Corrijo. ¡Eres llanamente un hijo de puta por la mañana! Buenos días, Ryan —concluye Charlie colgándome bruscamente el teléfono sin esperar mi respuesta.

Cierro los ojos y me dejo caer hacia atrás sobre la cama. No era mi intención ofenderla. Charlie es realmente una amiga muy preciada y me preocupo por ella, pero no debería entrometerse así en mi vida sentimental.

¿Sentimental? No. Con Sean no hay nada sentimental. ¿Qué mierda?

Me paso las manos por el rostro, frotándomelo con fuerza y termino con los dedos hundidos en el pelo mirando al techo.

¡Qué buena manera de empezar el fin de semana!

\*\*\*\*

Después de lavarme y haber bebido casi toda una jarra de café, me pongo a deambular por la casa, voy abriendo muebles, moviendo cosas sin ton ni son, asaltado por el frenesí de mantenerme ocupado para no pensar.

Tal vez me haya pasado con el café... Mejor que me vaya de aquí antes de que me ponga a pintar el apartamento.

Salgo y comienzo a vagar sin pensar en nada hasta que, en un momento dado, me surge el deseo de asesinar a mi subconsciente por traerme exactamente delante del escaparate de la tienda de Sean.

¿Qué demonios he venido a hacer aquí?

*Sí, haz como que no lo sabes...* Mi amada, dulce voz interior. Eres tan bienvenida como un ataque de herpes.

Cuando me doy cuenta de que estoy de pie frente a su puerta, giro rápidamente para volver sobre mis pasos, pero el sonido de campanitas seguido de un «¡Hey!» hace que me paralice sobre la acera. Cierro los ojos y rechino los dientes, maldiciendo a la parte de mi cerebro que me empuja hacia Sean para luego obligarme a tomar distancia bruscamente.

En el accidente debo haber sufrido algún tipo de daño cerebral, seguramente.

Vuelvo a girarme hacia la tienda y allí, con su habitual sonrisa, está Sean diciéndome *hola* con la mano.

Saco una de las mías fuera de los bolsillos y respondo al gesto, un poco encorvado sobre mis hombros y sin mirar a los ojos de Sean, mientras él, inquebrantable, da un par de pasos y me alcanza.

—Hey —repite, sonriendo aún más. Tal vez quiera entrar en el Libro Guinness de los Récords como el hombre que ciega a la gente con sonrisas.

—Hey —mascullo sonriendo a medias.

—¿Qué te trae por estos lares? ¿Trabajas?

—Mmh, no.

—Oh, así que...

—Paseaba.

—Entiendo...

Un incómodo silencio cae sobre ambos, gracias a que al menos uno de nosotros tiene facilidad de palabras.

—Te vi delante de la puerta.

—Eh, estaba pasando.

—No, estabas parado.

Lanzo una ojeada a Sean quien ahora ofrece una sonrisa que dice te-he-pillado-con-las manos en la masa-y-estoy-complacido-por-ello.

—Bueno, está bien. Me detuve. Pasé y me detuve. Pero no lo hice a propósito.

Sean sacude la cabeza y se ríe.

—Mira, no hay nada malo en eso.

Quisiera contradecirlo, porque no tengo absolutamente ninguna razón para estar aquí como no sea mi estúpida cabeza loca, pero me amparo en mi derecho a guardar silencio para no empeorar la situación.

—A pesar de todo, fue una buena noche ayer —añade Sean con naturalidad.

Asiento con la cabeza y le doy una especie de media sonrisa.

—¿Quieres entrar? Hay un tipo que está esperando a que le termine un trabajo —agrega.

La idea de que Sean haya interrumpido su trabajo para salir a saludarme hace que me aleteen mariposas en el estómago. No os riais.

—Bueno, tal vez entre. Solo para ver de qué va.

Sí, por supuesto. ¿Por qué otro motivo?

Sean no responde, se limita a asentir con la cabeza mientras vuelve a entrar en la tienda y yo le sigo. Veo que Stuart me está mirando con una ceja levantada. Le hago un gesto de saludo y miro alrededor.

La tienda es pequeña, con un mostrador a la derecha que divide la sala de espera del gabinete propiamente dicho, dentro del cual hay dos camillas y un sillón. Sobre una de las camillas está acostado un muchacho; sobre su espalda tiene una especie de enorme diseño tribal que se inicia en el hombro izquierdo y desciende en diagonal hacia el lado derecho.

No puedo dejar de notar que el diseño se parece a una cicatriz y me pregunto si a ese chico le gustaría tener una en la cara. Sobre el sillón está sentada una chica haciéndose tatuar el empeine del pie por Stuart y, por el brillo en los ojos y la mandíbula apretada, parece estar sufriendo mucho.

Mientras miro a mi alrededor, Sean rueda sobre el taburete enfundándose de nuevo los guantes y cogiendo nuevamente la pistola de color.

—¿Te están dando ganas?

Me doy la vuelta de golpe y lo miro con ojos trastornados.

—¿D-de qué? —pregunto con incredulidad hundiendo aún más las manos en los bolsillos. A este ritmo creo que los desgarraré y terminaré tocando mis tobillos.

La risa límpida de Sean rebota en el estudio.

—De un tatuaje, Ryan —dice concentrándose en su trabajo—. ¿Por qué? ¿A qué pensabas que me refería?

Abro la boca, pero luego la cierro bruscamente, porque no hay nada sensato que pueda argumentar que alivie la comedia de mierda en la que acabo de actuar. Me siento en un banco y cogiendo una revista de tatuajes comienzo a hojearla al azar, preguntándome por qué simplemente no salgo de aquí y me alejo de este lugar.

Sean retoma su trabajo y no insiste. Gracias a Dios.

El murmullo metálico de la máquina que vulnera la piel se convierte en un rumor constante mientras continúo mirando las fotografías un poco más para luego alzar la vista y mirar a Sean concentrado en su trabajo. Se centra en el diseño, mantiene la piel del cliente tensa y su mano se mueve segura al rellenar los espacios con tinta negra. Se ha recogido el pelo en la nuca en una pequeña coleta y solo un rizo se escapaba de ella, danzándole suavemente frente a los ojos.

Las largas pestañas descienden a intervalos regulares y, cada tanto, se humedece los labios con una breve pasada de lengua. Me incomoda esa contemplación, no consigo mirar hacia otro lado, tanto es así que cuando Sean se detiene por un segundo y se vuelve hacia mí, me descubre en el acto *¡Mierda!*

Parpadeo y dirijo la mirada al piso, sin embargo, no dejo de notar la media sonrisa que se forma en sus labios.

—Por hoy hemos terminado —dice Sean al cliente—. Voy a darte una cita para la semana que viene, así lo terminamos —añade quitándose los guantes para acercarse al mostrador.



Dejo la cabeza gacha, bien atento de no quedar atrapado nuevamente con los ojos embobados. No es propio de mí comportarme así, pero me siento como si estuviera incapacitado ante él.

Cuando el cliente se va, Sean se deja caer en el banco junto a mí y me da una de sus ya legendarias sonrisas.

—¿Qué tal ir a tomar algo? No tengo otra cita hasta dentro de una hora. Hay un bar cerca de aquí.

Repaso el listado de todas las excusas que puedo alegar para no aceptar, sin embargo, mientras busco una, mi cabeza se sacude asintiendo ¡Grandioso! Ya he perdido totalmente el control sobre mi cuerpo.

\*\*\*\*

El bar es agradable y luminoso. Nos sentamos en una mesita cerca de la ventana y pedimos una bebida para los dos.

No puedo creer que esté aquí, pero mi voz interior me dice que esto es lo correcto, porque si yo fuera capaz de ser más honesto conmigo mismo, admitiría que la compañía de Sean me hace sentir bien.

—¿Cómo está Patrick?

Está bien, tal vez esa pregunta no sea de las más agradables. No en este momento.

—Bien. Creo.

—No os veis mucho, ¿verdad? —pregunta Sean tomando un sorbo de su vaso.

—Eeh, no. Él trabaja mucho.

—Entiendo... Y tú, ¿lo echas de menos?

No.

El horror de esa respuesta espontánea atraviesa mi mente, me hace desencajar los ojos y mirar hacia otro lado.

—Bueno, en realidad no... Creo que se acabó.

—¿Crees?

No quiero explicar en detalle cómo de lastimosa es mi relación con Patrick.

—Esas cosas pasan.

En cambio, lo que no pensaba que pudiera suceder —pero está sucediendo— es que la mano de Sean se estire a través de la mesa y roce la mía.

—Lo siento —dice con una tierna expresión.

Yo me sobresalto un poco y retiro de nuevo la mano, percibiendo que me estoy ruborizando y sintiéndome... extraño.

—No lo hagas —le digo con más brusquedad de la que hubiera querido.

Sean se aclara la garganta e intenta sonreír.

—Disculpa —murmura retirando la mano a su vez.

—No, no importa.

Después de unos segundos de silencio, Sean habla de nuevo, alzando los ojos para apuntarlos directamente sobre mi rostro, el cual yo intento denodadamente conservar ladeado para ocultar la zona cicatrizada, exhibiendo con más confianza la parte intacta.

—Quisiera conocerte mejor, eso es todo. Y también me gustaría hacerte sonreír de vez en cuando... lo haces realmente muy poco.

Estoy tan sobrecogido por sus palabras que no se me ocurre qué responder.

—No hay mucho por lo que sonreír, ¿verdad?

Sean levanta las cejas, entre divertido y perplejo.

—Bromeas, ¿verdad? ¡Hay un montón de cosas por las cuales sonreír!

Entrecierro los ojos.

—¿En serio? ¡Pues dime una! —lo desafío con tono ácido.

—El haberte conocido. Al menos para mí lo es... —murmura Sean, bajando la mirada por un momento, avergonzado.

Me quedo con expresión boquiabierta, porque no esperaba una respuesta de ese tipo.

—N-no funciona así —farfullo después de haberme recuperado.

—¿Por qué? —insiste Sean.

—¡Porque no! —le digo obstinadamente. Y sí, me doy cuenta de que estoy siendo infantil. También sé que estoy siendo grosero, pero no logro explicarme mejor.

Pero luego Sean se mueve...

Cuando veo sus manos acercándose a mi cara, me paralizó. Sus pulgares me acarician las comisuras de la boca antes de izarlas suavemente en lo que es, creo yo, sin duda, una media sonrisa inquietante. Brinco hacia atrás y lo miro con los ojos abiertos de par en par.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —estallo.

—Quería verte sonreír otra vez... —responde Sean, sobresaltado a su vez.

—¿No la ves? ¿Estás ciego o algo así?

Los ojos de Sean se vuelven serios y de inmediato me arrepiento del tono que he usado.

—Creo... *no estoy seguro*. O tal vez soy estúpido, porque no entiendo realmente muy bien a qué te refieres.

¡A qué sino a esta! Me muerdo el labio inferior con los dientes y busco el valor de enfrentarlo directamente cara a cara, sin esconder nada de la aberración que sé que atraviesa mi rostro.

—¿Y? —le pregunto, desafiándolo.

—¿Y qué?

—¿Qué ves?

—¿Tu cara?

Este es el diálogo más absurdo que jamás haya tenido con alguien. Excluyendo a Charlie.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo así. ¿Ves esto? —pregunto indicándole la zona marcada de mi cara.

—Por supuesto.

—¿Y?

—Es una cicatriz.

—¡Bien hecho! Por un momento pensé realmente que eras ciego. Entonces te lo pregunto de nuevo. Mírame y dime lo que ves.

Sean se sonroja y esta vez es su turno de morderse el labio. No entiendo por qué.

—¿Estás seguro? —susurra.

¡Lo sabía! ¡No había tenido el coraje de decírmelo la primera vez!

—Por supuesto que estoy seguro —le desafío una vez más izando el mentón un poco.

—Yo... yo veo los ojos más hermosos que jamás haya visto. Y un rostro... guapísimo.

Mi boca se abre debido al estupor y no puedo dejar de mirar con los ojos abiertos de par en par a Sean. Estaba preparado para que dijese algo sobre mi cara, ¡pero ciertamente no cuánto le gusta! Hay una enorme cicatriz que la desfigura y aun así, ¿este hombre piensa que soy hermoso?

—Tú estás enfermo, amigo —le susurro e inmediatamente veo asomarse una sombra de dolor en sus ojos, y me dan ganas de tragarme esas palabras.

—Sí, puede ser. Hasta pronto, Ryan —reconoce Sean secamente antes de levantarse de la mesa. Deja el dinero para pagar ambas bebidas y sale del bar, volviendo a encerrarse en su tienda.

Suspiro sintiéndome culpable ya que, en efecto, ese tipo solo estaba tratando de ser gentil y porque, últimamente, es la persona a quien veo con más disposición que a ningún otro.

*¡Idiota!*

## Capítulo 5

El sábado pasa, y así también el domingo. Sé que debería hacer algo tanto con Sean como con Charlie, porque realmente me he comportado como un cretino, y sin embargo, en lugar de moverme, me paso el resto del fin de semana revolcándome en la sensación de culpa. Y en este sentimiento de inquietud que crece dentro de mí, como si algo estuviera comenzando a romperse en mi interior, y no estoy del todo seguro que esto sea malo. Pero me aterra.

No puedo dejar de pensar en las palabras de Sean, en la forma en que me miró —la forma en que siempre me mira, para ser sincero— en sus manos acariciándome el rostro.

Es algo nuevo para mí, sobre todo desde el accidente, y me deja completamente aislado y vulnerable.

El lunes, cuando regreso a la biblioteca, me paso la mañana con un ojo sobre la puerta, como si esperase ver entrar a Sean para devolver el libro de un momento a otro. No es que lo tuviera durante mucho tiempo, no tengo excusa ni siquiera para recordárselo, pero espero que, quizá, use esa excusa para pasar a verme.

¿Y por qué debería hacerlo?

De hecho, viendo mi despreciable comportamiento no estoy autorizado a esperar tal cosa.

Tal vez pueda comenzar llamando a Charlie y disculpándome con ella.

—¿Qué te pasa, muchacho?

La voz de Meg me saca de mis pensamientos. Me está observando desde el otro lado del mostrador.

—Nada, ¿por qué? —pregunto aclarándome la garganta.

—Tienes cara de funeral. ¿Estás bien? —continúa con un tono dulce.

—Más o menos...

—Yo diría que menos que más. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Me puedes conseguir un temperamento nuevo?

Meg se ríe y niega con la cabeza.

—Por desgracia no, pero el hecho de que admitas que ese es el problema, es un paso adelante. ¿Has hecho algo irreparable?

—N-no... No es...

—Bueno, entonces haz algo para poner las cosas en su lugar. No creo que sea tan difícil —concluye con un encogimiento de hombros—. Solo la muerte no tiene remedio, Ryan —añade de inmediato, alejándose.

¡Para ella todo es fácil! Yo no sé ni siquiera lo que debo decir.

Elijo llamar a Charlie. Al menos con ella, incluso si solo me quedo en silencio, tendré más posibilidades de éxito.

Responde al primer timbre.

—¡Quería ver cuánto tiempo te llevaría! ¡Dos días! ¡Dos días antes de llamar para pedirme disculpas!

No puedo dejar de curvar los labios en una sonrisa. Charlie ya me ha perdonado.

—¿Y qué te hace pensar que quiero disculparme contigo?

Click.

No, tal vez no me había perdonado aún. Marco nuevamente su número y me muerdo el labio.

Cuando oigo a Charlie descolgar el teléfono sólo susurro:

—Perdóname...

—Así vamos mejor —suspira mi amiga, satisfecha—. No me gusta cuando nos peleamos. ¡Y no me gusta cuando te comportas como un idiota!

—No debería gustarte más, entonces. Tengo una pronunciada inclinación a comportarme como un idiota.

—¡Lo sé, cabeza dura! Pero te quiero... ¿qué se puede hacer? El ser humano no es perfecto e incluso los mejores se equivocan...

—Gracias, eh.

Las risotadas de Charlie alivian la tensión entre nosotros y poco después ella cambia el tono de voz, volviéndolo casi maternal.

—¿Cómo estás?

—Bueno, no lo sé. Creo que bien. Pero...

—Pero... —me insta Charlie, porque está más que segura que he metido la pata.

—Vamos a decir que tal vez se me fue la mano con Sean.

Le cuento a Charlie la historia de lo que pasó el sábado y, para mi gran sorpresa, no soy duramente reprobado con aspereza como yo había esperado, sino que lo soy más bien... con tristeza.

—Tal vez todavía me cueste aceptar que el accidente realmente te ha cambiado, Ryan. Sé que bromeo contigo y te fustigo, pero yo no creía que pudieses tener ese tipo de reacción frente a un chico tan adorable como Sean. ¿Cómo piensas arreglarlo?

—No sé... tendré que pensar en algo —respondo, agradecido por ese momento de comprensión que Charlie me regaló.

\*\*\*\*



No se me ocurrió nada durante todo el día, ni durante los días que siguieron, que pasaron inexorablemente, con mis ojos esperanzados fijos sobre la puerta de la biblioteca todo el tiempo, inútilmente.

Haría falta muy poco para ver a Sean: bastaría salir de la biblioteca, dar un corto paseo y dar vuelta a la esquina, pero es realmente muy difícil.

Finalmente, el viernes siguiente, me armo de coraje y busco el número de la tienda de tatuajes. Levanto y bajo el teléfono móvil un par de veces hasta que me animo y llamo a la tienda.

—¿Hola?

—Umh, hola... ¿Stuart?

—¿Sí?

—Soy Ryan. ¿Está Sean?

Silencio.

—¿Hola?

—Está trabajando.

—Oh, está bien. ¿Crees... que tenga para mucho tiempo? No... ¿crees que le puede molestar...?

¡Dios, qué lamentable!

El silencio subsiguiente me hace asegurarme de que no se ha cortado la comunicación. Stuart no es un gran hablador, pero aquí estamos hablando de un grave problema de estreñimiento verbal.

—¿Hola?

La voz que llega a mi oído poco después me hace sobresaltar.

—Sean...

—Sí, lo soy. Dime, Ryan.

Por favor, sonríe. Creo que si sonríes...

—¿Cómo estás?

—Bastante bien, ¿y tú?

—Mmh, más o menos...

—¿Tienes algo que decirme o me has llamado solo para decir hola? Es que tengo un cliente que...

—¡Lo siento! —escupo fuera interrumpiéndolo—. Lo siento, porque yo me comporté como un idiota. Sé que lo tuyo fue una manera educada de decirme que no soy un monstruo, y yo reaccioné como un niño. Perdóname...

Una vez más se eternizan los segundos de silencio mientras permanezco conteniendo la respiración a la espera de escuchar algo, cualquier cosa.

—Está bien.

La voz de Sean es baja, casi un susurro, por lo que no puedo percibir el tono que ha usado. Tomo una respiración profunda y, al mismo tiempo, me aferro al coraje con ambas manos antes de hablar.

—¿Puedo remediarlo ofreciéndote una cerveza cuando tengas un descanso?

—Está bien...

¡Por supuesto, que me está haciendo las cosas difíciles! Bueno, un poco me lo merezco.

—Entonces, paso a buscarte cuando yo haya terminado ¿Nos vemos luego?

—Nos vemos luego...

Cuando corto la comunicación fuerzo otra profunda respiración y cierro los ojos. Sé que estoy haciendo lo correcto invitando a Sean a beber una cerveza, pero por otro lado, tengo miedo de involucrarme demasiado. ¿Y si todo fue un chispazo momentáneo?

Sean dijo que me encontraba hermoso. Claro, no era una declaración de amor, pero sus ojos y sus mejillas ruborizadas, de todos modos, eran un síntoma de que detrás de esas palabras había un poco, si no mucho, interés. Además, me estaría mintiendo a mí mismo si dijera que este chico me deja indiferente.

Por supuesto, si me resultara indiferente, no me interesaría en lo más mínimo arreglar las cosas entre nosotros.

Sacudo la cabeza y me sumerjo en el trabajo, tratando de no pensar en las consecuencias de mi decisión.

Después de todo, es solo una cerveza juntos, ¿no? ¿Qué puede haber de peligroso en una cerveza?

\*\*\*\*

La noche llega con lentitud, con demasiada lentitud para mi gusto.

Salgo de la biblioteca y recorro los pasos que me separan de la tienda de tatuajes, sintiendo las piernas agarrotadas y el corazón bombeando violentamente la sangre en mis venas.

Apenas doblo la esquina veo que Sean ya está afuera, apoyado en la pared, y hablando con alguien por teléfono. Tiene un semblante risueño y la cabeza inclinada hacia adelante, con sus rizos cubriéndole los ojos.

Me sorprendo estudiándolo atentamente otra vez, como lo hice esa noche en el pub, y dejo que mis ojos se demoren en su brazo tenso, en la mano metida en el bolsillo de los pantalones vaqueros, en la pierna plegada contra la pared, en la cintura delgada, en el cuello apenas sin cubrir. Es tan hermoso que me quita el aliento.

Me sobresalto cuando se vuelve hacia mí y me hace un gesto de saludo. Me recupero y me acerco lentamente, permaneciendo a una distancia prudencial para no invadir su espacio personal.

Cuando cuelga, sacude la cabeza para quitarse el pelo de los ojos y me da una pequeña sonrisa. No es la sonrisa radiante de costumbre, pero es algo.

—¿Listo para tomar una cerveza con este idiota? —empiezo diciendo mientras torturo mi labio inferior. Cuando quiero, soy capaz de admitir mis errores.

Sean me mira y asiente con la cabeza, señalando luego, el camino en la acera.

—Me gustó que llamas —murmura a continuación, metiendo las dos manos en los bolsillos—. También yo tengo que disculparme, no fue mi intención incomodarte. No he encontrado el valor para telefonearte.

—Quisiera decirte que eso no es cierto, pero yo estaba realmente muy incómodo —respondo con sinceridad—. Es que... desde que sucedió... bueno, digamos que «guapísimo» no es un adjetivo que yo espere oír. De hecho, nunca me lo han dicho...

Sean se detiene para abrir la puerta del local y se vuelve para mirarme con atención.

—Pues lo siento, de verdad. Porque tendrías que escucharlo a menudo.

Mi estómago se agita y mi corazón se salta un latido. Paso por su lado con la cabeza gacha para ocultar mi turbación, murmurando *gracias*, antes de dirigirme a una mesa.

Después de un arranque a duras penas, la noche transcurre tranquila, tan tranquila que casi me olvido de mi cicatriz e, incluso, de cubrirme la cara en cada oportunidad. No dejo de notar que la mano de Sean en ocasiones se desliza sobre mi antebrazo mientras me relata algo, y no dejo, incluso, de darme cuenta que el calor que trasmite su tacto es tan agradable que va derritiendo algo dentro de mí. Esta vez no me aparto.

Hablamos de libros, por supuesto, y nos zambullimos en un debate sobre el Maestro del Terror, disertando sobre cuáles de sus libros son los mejores y cuáles, en cambio, se pueden pasar por alto. Sean me habla otra vez de su Irlanda y yo, por primera vez, siento realmente el deseo de experimentar esos paisajes, aromas y melodías.

Repentinamente, nos damos cuenta de que es tarde cuando el camarero comienza a poner las sillas sobre las mesas. Nos miramos sorprendidos y reímos, preparándonos para partir.

—Pago yo —dice Sean, sacando la billetera.

—¡Oh, no! —protesto de inmediato, poniendo mi mano sobre la suya para detenerlo. Me demoro un instante y luego la retiro bruscamente, yendo hacia el cajero sin esperar respuesta y, por supuesto, sin mirar a Sean. Tal vez sea la cerveza, o quizás la adrenalina provocada por una noche tan agradable, pero me siento especialmente vulnerable a su encanto.

—Entonces, la próxima vez pago yo...

La voz de Sean me acaricia desde tan cerca mi oído que me deja paralizado con los ojos clavados en el frente. Al sentir su cálido aliento sobre el cuello, tengo que tragar un par de veces antes de lograr enfocarme en el camarero. Le asiento con la cabeza sin decir nada y pago con mano temblorosa.

Salimos en silencio y sigo teniendo cuidado de no mirar a Sean. Regresamos hacia la tienda, ya que él tiene el coche estacionado cerca de allí.

—Gracias por la velada —empieza Sean metiendo las llaves en la puerta del vehículo para luego girarse hacia mí.

—Gracias a ti... —respondo, ahondando, como es mi costumbre, las manos en los bolsillos, sin lograr obligarme a partir. No quiero que esta noche se termine, estoy aterrado y excitado al mismo tiempo.

Sean parece sentirse igual, de hecho se apoya contra la puerta y cruza los brazos sobre el pecho, mirándome con una sonrisa.

—¿Debemos seguir el camino? —dice casi en tono de pregunta.

—Mmh..., sí —asiento pero sin moverme de mi sitio. Agacho mi cabeza y doy una patada a una piedra, justo en ese momento Sean se despega de la puerta y se acerca peligrosamente a mí.

Al elevar el rostro tropiezo con sus ojos verdes, mirándome con tal sombra de deseo que me hacen temblar, pero no escapar. Las manos de Sean suben para rodear mis mejillas y un instante después siento sus labios, suaves, cálidos y delicados presionar los míos.

Es como si mis sentidos se hubiesen agudizado en un solo instante. Percibo cada cosa amplificadas, desde los latidos del corazón hasta el perfume de Sean, desde el calor de su cuerpo hasta la tibieza de la noche que, sin embargo, no impide que sienta un estremecimiento correr por mi espalda. Lo único que no percibo es el horror habitual por mi piel llena de cicatrices.

No alejo a Sean, pero solo respondo al beso con la misma dulzura, sin embargo, un segundo antes de encontrar el coraje para levantar sus brazos y estrecharlo fuerte contra mí, Sean se aparta con una sonrisa avergonzada y el rostro enrojecido.

—Lo siento, no pude resistir...

—Oh, no... —El beso se llevó mi capacidad de hablar.

Sean se ríe y me hace una caricia, mirándome a los ojos.

—Eres hermoso —murmura antes de dar un paso atrás, como para contenerse de ir más allá.

Yo gesticulo algo que se parece a una sonrisa y me rasco la sien. *¡Mierda!* Me siento peor que un adolescente.

—T-tú también —admito finalmente mientras me miro los pies. ¿Qué sentido tiene negar tal evidencia? Alzo los ojos y lo miro de nuevo. Me está sonriendo. Por primera vez me atrevo a imitarlo y veo que sus ojos se iluminan.

—Logré que sonrieras... —murmura con aire gratamente sorprendido.

—Así parece —asiento con la cabeza, sorprendido por el hecho de que no pueda dejar de hacerlo—. Habrá sido el beso... —agrego con un encogimiento de hombros.

Sus labios se encontraron con los míos un segundo después.

—Entonces veamos si podemos imprimir una sonrisa permanente en tu cara. —murmura Sean antes de tomar posesión de mi boca, de manera resuelta, intensa, dejándome solo el espacio para creer que quizá exista un bálsamo para todo tipo de cicatrices, físicas y emocionales.

Y Sean O'Sullivan lo encarna a la perfección.

**Fin**

## Acerca de la Autora

**Erin E. Keller** vive con su marido y varios gatos en una casa al lado de un campo de trigo. Escribe desde hace cinco años, a veces con su nombre real, otras bajo un seudónimo. Le gusta dejar vagar la mente en el mundo real más que en el fantástico, por lo que sus historias van desde lo contemporáneo a lo histórico, las novelas negras o el suspense, en lugar de contar historias de hadas del bosque o criaturas morfológicamente inhumanas.

Le encanta escribir sobre el amor.

Il suo blog: <http://erinekeller.wordpress.com/>

Facebook:

<http://www.facebook.com/pages/Erin-E-Keller/267437763376219>

Twitter: [http://twitter.com/ErinE\\_Keller](http://twitter.com/ErinE_Keller)